

**Aló presidente, adiós Venezuela****Alfredo Acle Tomasini©**

Como buen bravucón, Chávez arribó a la Cumbre Iberoamericana con la intención de buscar con quien pelear. Nada nuevo, ésta ha sido una de sus principales estrategias mediáticas; selecciona un blanco, le dirige una andanada de insultos, y si el otro pica el anzuelo, el escenario está listo para halagar a sus partidarios que, en la celebración de sus ocurrencias y en el aturdimiento que provoca su incontinencia verbal, compran con facilidad su jerga populachera que promete mucho, pide nada y lo esconde todo.

En esta ocasión los españoles fueron el blanco. El pretexto: atacar a Aznar por su supuesto apoyo, o al menos bendición, del fallido golpe de estado en contra de Chávez. Zapatero picó el anzuelo y el Rey terminó arrebatándole la caña. Y ya está, una zarzuela cuyos ecos se escuchan en *You Tube* y *ringtones*, y que le sirve al venezolano para alentar los ánimos a favor de su proyecto de reforma constitucional.

Chávez tiene muchos defectos; más de lo que sería permisible en un jefe de estado. Sin embargo no es estúpido. En Chile, jugó de visitante, pero su objetivo no era buscar el aplauso de la gradería local sino de aquélla que desde su tierra lo venera. No fue casual que seleccionara a España, porque los alegatos con ésta le procuran atractivos recursos retóricos; el viejo imperio explotador, antaño expulsado y que, en el “por qué no te callas”, parece latente y dispuesto a revivir en una nueva forma de imperialismo, que ahora para llevarse el oro, vende en las antiguas colonias la electricidad, el teléfono, los bancos, el gas y la gasolina.

Cualquier político sabe que la retórica nacionalista es muy rentable para hacerse del apoyo popular. Y así, como la actitud de Juan Carlos y Zapatero les mereció el respaldo de partidarios y el de algunos de sus opositores, Chávez, por ese mismo sentimiento patriotero, fortaleció el soporte de sus leales y, probablemente, se granjeó el apoyo de algunos más para impulsar una reforma constitucional que, revestida de dulce, es en realidad una píldora amarga.

En su capa entérica, destaca la jornada laboral de seis horas, tan brillante como para deslumbrar a la mayoría por el beneficio inmediato que supone. Pocos serán los que reparen en los costos e implicaciones de trabajar veinticinco por ciento menos tiempo, y en las desventajas que representa en una economía internacional muy competitiva.

En el centro está lo amargo, aquello que no se ve, pero que habrá de hacerse sentir: la reelección indefinida, el período presidencial alargado a siete años y las condiciones para imponer y retirar el estado de excepción. Tan difícil es sostener que estos cambios forman parte de una visión a futuro de un país, como es fácil advertir la intención de aferrarse al poder por las buenas – la vía electoral-, o por las malas – el estado de excepción - que suspenderá las garantías constitucionales cuando el jefe del ejecutivo así lo determine, como podría ser la eventualidad de turbas incontroladas una vez que el precio del petróleo ya no permita compartir migajas, ni comprar conciencias.

La renovación de poderes más que un anhelo democrático es un imperativo para la evolución social. Los individuos, efímeros, apenas trasladan la antorcha por breve lapso, mientras que los relevos rompen paradigmas y refrescan la mirada. Por ende, la reelección indefinida inhibe este proceso y condena a la sociedad a anquilosarse en la medida que sus líderes envejecen.

Chávez es producto de su tiempo; surge de un sistema que simulaba la democracia y donde por años la miseria de las masas convivió con la ostensible corrupción de la clase política, hasta que se hartó animada por un nuevo Mesías, quién lucra con sus rezagos, con el sentimiento de injusticia que provocan las diferencias sociales harto distantes y con la promesa de borrarlas por decreto.

Aló presidente saluda el programa, cálido y de tú, Chávez atiende las preguntas, toma notas y responde, por lo regular con peroratas interminables e inconexas, en tanto su país está a punto de soltar amarras para navegar en un mar incierto y cuya travesía será tan larga como vida tenga quién, repartiendo zanahorias y dando palos, ha creado una peculiar forma de gobierno más cercano a una dictadura que a una democracia.

Adiós Venezuela, que de tus lecciones todos aprendamos y que de tu destino algún día se vuelva hacer cargo tu pueblo. Aquel que en Carabobo selló tu independencia y no el que supone personificar el parlanchín de Miraflores.